

HOMENAJE AL DOCTOR PALANCA

Se rinde un homenaje académico nacional al doctor Palanca "como prueba de reconocimiento por su dilatada y brillante labor en el campo de la Sanidad y defensa de la salud pública". En él participan la Dirección General de Sanidad, Facultades de Medicina, Sanidad Militar y Reales Academias de Medicina.

Este homenaje consistirá en varios discursos, que tendrán lugar en la Real Academia de Medicina y en el ofrecimiento de una placa.

—He sido un equivocado—dice el doctor Palanca—, porque no sirvo para médico... clínico.

Estudió la carrera en Granada y al terminar ingresó en Sanidad Militar, donde trabajó al lado del comandante Pérez Nogueras, gran higienista.

—El Instituto de Higiene Militar cambió el rumbo de mi vida profesional. Vi que, además del aspecto clínico, en Medicina hay diversidad de orientaciones importantes. La Bacteriología, que entonces estaba muy de moda, me entusiasmaba. Y mire usted por dónde hube de intervenir en la erradicación de la terrible gripe de 1918.

—¿Cuántos años desempeñó usted el cargo de director general de Sanidad?

—Unos veinte, creo yo, en dos etapas. La primera, con el Gobierno Berenguer, que sustituyó a la Dictadura de Primo de Rivera. Ya había sido jefe de Sanidad de Guadalajara, Sevilla y Madrid. Después, durante la guerra, estuve en el Cuartel General del Ejército del Norte, hasta que fui llamado para organizar la Sanidad del Gobierno nacional. En aquellos momentos tuve que buscar algo tan necesario como suero y vacunas no sólo para el Ejército, sino para la población civil. Antes de terminar la guerra fui nombrado director general, en propiedad.

Preguntamos al doctor Palanca si recuerda cuál fue el problema sanitario más importante que tuvo que resolver después de la guerra.

—Tengo que decir que la guerra se desarrolló sin grandes problemas de salud. No había más problema importante que el que los médicos titulares se iban al frente, por lo que los pueblos se quedaban sin asistencia. Mas como no había epidemias, la cuestión se iba paliando. Hasta que al terminar la guerra se planteó en el país lo que yo había visto ya en los laboratorios de bacteriología: que cuando se mezcla una población enferma con otra sana, la epidemia que se desencadena es terrible.

Dice el doctor Palanca que la zona republicana había vivido el tiempo de la guerra con falta de limpieza por la escasez de jabón y con muy pocos alimentos.

—Al terminar la guerra, lo primero que tuvimos fue viruela; después, difteria... Hasta aquí la cuestión iba siendo preocupante. No se podía combatir la viruela, porque la vacuna de que disponíamos era mala, puesto que la glicerina tenía mucha acidez. Tampoco se podía comprar fuera por causa de la guerra mundial. Y así estábamos cuando se declaró el tifus exantemático, y aquello ya fue alarmante, porque recorrió toda España, la mortalidad era enorme y tampoco disponíamos de medios para combatirlo.

Por si aún fuera poco, el paludismo se ge-

neralizaba. De cien mil casos existentes al comienzo de la guerra, la epidemia registró cifras abrumadoras y hubo un momento en que España tuvo seiscientos mil palúdicos.

—Todo esto, sin un gramo de quinina ni sintéticos antipalúdicos. Yo dispuse hasta de las reservas de cortezas de quina que había en la farmacia de Palacio; pero eso era como una gota de agua. Las protestas contra mí, terribles, me hicieron presentar la dimisión al ministro, pero no me fue admitida. No sabía qué hacer ni cómo resolver el problema.

Precisamente en aquel momento los alemanes se retiraban de África y estaban dispuestos a facilitar a España sintéticos antipalúdicos a cambio de alimentos.

—Nosotros, en ese aspecto, estábamos también muy necesitados; pero descubrí en las pesquerías de Pasajes una gran cantidad de hígados de merluza y bacalao, que permanecían almacenados allí porque aún no disponíamos de un procedimiento para extraer la vitamina. Logré que los alemanes aceptasen aquella mercancía a cambio, más ocho millones que la Dirección General de Sanidad obtuvo, como empréstito del Ministerio de la Gobernación.

La historia de esta operación es toda una

novela. El doctor Palanca recuerda minuciosamente los episodios en los que fue uno de los protagonistas.

—Además de los sintéticos antipalúdicos, nos dieron salvarsán, que vendimos a unos laboratorios. Pronto fue posible devolver el empréstito de los ocho millones y con los beneficios obtenidos, construir cien nuevos dispensarios.

Coincidió con que aparecieron nuevos insecticidas, con los cuales hizo la Dirección General de Sanidad una campaña intensa para terminar con los parásitos transmisores del paludismo.

—De los seiscientos mil casos, teníamos solamente diecisiete en el momento en que me despedí de la Dirección General de Sanidad.

Una parte de su actividad profesional ha sido recogida en un libro que el propio doctor Palanca ha escrito con el título de "Medio siglo al servicio de la sanidad pública".

—Otra parte está contada en varios artículos periodísticos, pero yo creo que lo más interesante es quizá lo que no se puede publicar.

El doctor Palanca se dispone a recibir el homenaje de sus colegas y amigos.—Marino GOMEZ-SANTOS.



Doctor Palanca